

agitan hoy, el mundo semi-bárbaro evocado por Guimerá está tan fuera del horizonte de la cultura general, como fuera del círculo de lectura más frecuente en España están las narraciones de Thierry ó la *Gesta* de Rolando.

Para animar esos borrosos fantasmas de la historia y que vuelvan á vestirse de carne, se necesita un esfuerzo mucho mayor y una racha de inspiración más ardiente y viva que para otros asuntos. Así y todo, el público manifestará siempre ante las edades evaporadas cierta extrañeza y recelo, con algo del dolor que causa la comprobación de la propia ignorancia, porque es una mala nueva para un hombre la de que hay puntos históricos de los cuales él no tenía ni noticia y sobre los cuales pueden hacerse dramas. Aun admitiendo los tiempos carolingios en la escena, paréceme á mí que Guimerá, en *Judit de Welp*, podría haberlos *humanado* más. Sin duda que en la vida y carácter del hijo y del que no sé si llame nieto de Carlomagno, así como en Judit,

hay un drama real y terrible. Ludovico Pio ó el *Bondadoso*, era, como dice de él Michelet, el bienaventurado en quien fenecen las dinastías entronizadas por la violencia: con los ojos puestos en el cielo no veía las impurezas del mundo. Pero un día tentóle el diablo (que tiene para probar á los justos especial permisión) por el camino de la ventura lícita y consagrada por la Iglesia; y habiendo perdido á su primera mujer, que no era amable, convocó á las hijas de los grandes del reino y arrojó el pañuelo á la más bella—Judit de Welp.—A las dotes de la hermosura añadía Judit de Welp otras más raras: las del entendimiento y la cultura literaria y científica; cosa no tan sorprendente si se considera que las tradiciones clásicas nunca perecieron del todo, ni en los tiempos más caliginosos de la Edad Media. Judit amaba la poesía, las canciones, la música, la gente caballeresca y pulida de Aquitania: era erudita con ribetes de artista; en cambio su marido, tétrico (pues dicen los cronistas que

nunca se le vió reír), pasaba el día en oración. Entre la Augusta y el Orozco de la dinastía carolingia, el drama estaba planteado desde los primeros instantes: y el drama vino, con los amores de Bernardo, duque de Septimania, de los cuales afirmó la malicia que había sido fruto Carlos *el Calvo*, el héroe de Guimerá. Los hijos del primer matrimonio trataron á Ludovico Pio como las ingratas hijas del rey Lear al pobre viejo, y Carlos *el Calvo*, el retoño del pecado, llegó, andando el tiempo, á asesinar al duque Bernardo por su propia mano, diciéndole, según refiere antigua crónica benedictina, que Guimerá consultó: "Muere, tú que manchaste el tálamo de mi padre."

Como se ve, no es asunto y tela lo que falta; Guimerá sólo eligió, para su obra, la última parte de la historia tremenda: el parricidio. Para ello ha necesitado cambiar el carácter humanísimo y casi moderno de Judit de Welp en otro bien distinto y más abstracto, haciendo de Judit una mujer cuyos remordimientos llegan

al fanatismo; una mujer escrupulosa y contrita hasta un grado pueril, y que por no decir una palabra ocasiona una cáfila de horribles males, muertes, crímenes y asolamientos. No dice á Bernardo que Carlos es su hijo, por lo cual Bernardo alza el puñal sobre él y le persigue de mil maneras; no dice á Carlos que Brunegilda es su hermana, por lo cual Carlos se empeña en llevarla al altar; no dice á Carlos que Bernardo es su padre, por lo cual Carlos le apuñala. No será agradable confesar tales historias; pero entre una confesión, ó por lo menos una indicación, y varias catástrofes, ninguna mujer del carácter y entendimiento de Judit de Welp vacila.—Ni es, pues, la Judit histórica la que vemos, sino una Judit inventada.

De todos modos, esto no fué lo que impidió al público *entrar* en el drama de Guimerá, pues el público nada sabía de Judit. Repito que no entendió el argumento la mitad de los espectadores; repito que nadie comprendió por qué suce-

día casi nada de todo aquello. Por su parte, los actores—á excepción de Ricardo Calvo y Donato Jiménez—hicieron lo posible para que se entendiese menos cada vez, declamando bajo y confuso y no matizando sus réplicas.

De otras causas que se han alegado para explicar el por qué no aprobó á *Judit de Welp* el público de la corte, diré lo menos posible, pues creo que es una cuestión en que se ha extraviado bastante el criterio, produciéndose una serie de malas inteligencias de una y otra parte. No negaré que las palabras atribuidas á Guimerá en un banquete (y digo *atribuidas*, porque el poeta afirma que no pronunció tales palabras) no contribuyesen á predisponer en contra suya á alguna parte de la prensa, y hasta me aseguró persona fidedigna que un exiguo grupo quería hacer el día del estreno manifestaciones de desagrado. Pero á ese grupo se le pararon los piés: no llegó á entrar en el teatro; y el verdadero público, el desinteresado, el sin malicia, iba, como siempre, deseoso

de aplaudir y hasta dispuesto, con cierto simpático puntillo de caballerosidad, á demostrar, aplaudiendo, que no se pagaba de chismes. Si *Judit de Welp* llega á gustar, la ovación á Guimerá hubiese sido mayor aún que en *Mar y cielo*. No lo dude el insigne poeta, y de ningún modo se aparte con desvío de este terreno, donde ya ha cosechado laureles.

*
* *

Loado sea Dios, que puedo hablar de un drama vencedor: refiérome á *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés, que mal recibidas hace años por un público que las juzgó en demasía escabrosas, han tenido hoy completo éxito (por lo menos lo que aquí puede llamarse tal, aunque sea bien poco y bien irrisorio, comparado con lo que por éxito se entiende en otros países).

Yo prescindo de esto del éxito, y considero *Las Vengadoras* como si las

hubiese visto yo sola, y digo que son muy contados los dramas del teatro moderno que me satisfacen tan completamente como el de Sellés: al decir *teatro moderno*, pienso sobre todo en el francés y especialmente en el de Alejandro Dumas. Si *Las Vengadoras* hubiesen brotado de la pluma que trazó *El Demi-monde*, ocuparían un puesto honroso al lado de aquella perla de las comedias de costumbres.

A propósito de *Las Vengadoras* se ha hablado mucho de naturalismo y de *nuevos moldes*, influyendo á mi modo de ver en este juicio, la arraigada aprensión de que si ocurre el lance entre gente de vida airada, naturalismo tenemos. En cuanto á lo de los *nuevos moldes*, precisamente el drama de Sellés me parece á mí perfectísima aplicación, no de esos *nuevos moldes* sobre los cuales había tanto que hablar que será mejor no hablar nada, por lo menos ahora, sino de los moldes delicados, pero bien conocidos, del teatro francés, diestramente adaptados á la escena española en esta

obra y alguna más que pudieran citarse (como la *Consuelo*, de Ayala). Para elogiar *Las Vengadoras* todo cuanto merecen, yo tengo que hacer una operación mental: suponer que son de Dumas y que se estrenan en la *Porte Saint-Martin*. Claro está que sólo echo de menos en el drama de Sellés el *etnismo*; con *transportarlas*, ya he removido la objeción y ya disfruto plenamente. — Los tipos y costumbres que retrata Sellés en su drama no diré que sean completamente inconcebibles en tierra española, por más que no son comunes, pues sin negar que aquí, como en todas partes, se paga tributo al vicio y se quema incienso en aras de la Afrodita venal, generalmente son otros los ritos, otras las sacerdotisas y muy diferentes los templos. Sin embargo, es tan lícito al autor estudiar el caso general como el caso raro y hasta el caso único. La heroína del drama de Sellés (figura admirable, siempre que le demos por fondo el bulevard de Capuchinos ó Italianos, ó las fulgentes

vidrieras de la *Maison Dorée*) puede haber existido en Madrid, pero nunca será madrileña neta, como la infeliz de la Peri. La heroína de Sellés, refinada, elegante, distinguida, culebreadora, engatusa-bobos, semi-filósofa, se despega del horizonte de nuestra capital, que es un honrado poblachón; el lugar más grande de la Mancha. Si á casa de la Peri va la esposa legítima reclamando á su descarriado marido, apuesto algo bueno á que Leonorilla, afirmando la mano en la cadera y entornando los ojos, sale con el arranque de magnanimidad de restituírsele y aun de darle dinero encima. ¡Ah! Leonorilla no será nunca una *vengadora*. El tipo de Teresa pide la sequedad, el sentido práctico y la quintesenciada marrullería de la mujer francesa.—Sellés confiesa también lo singular del tipo, y que “ha refinado un ejemplar común, pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda”.

Es cuanto puedo objetar al drama de Sellés. Una vez admitida Teresa y reconocido el fin del drama que se reduce

á demostrar que cada cual muere por donde pecó,—hay que decir sin reparo que el desarrollo de esa idea en forma dramática se acerca á la perfección suma. El drama es un primor de factura, y si hoy admitiese nuestra indisciplina *modelos*, cabría que llamásemos á *Las Vengadoras* modelo de dramas. La acción, bien trabada, llena de interés y vitalidad, y sin embargo, sencilla, se desenvuelve con armoniosa plenitud y sabia gradación, en tres actos de extensión proporcionada, ni lánguidos ni tampoco agitados convulsivamente. El autor no echa en olvido el *ne quid nimis* en la distribución del elemento cómico: hay sazonado chiste, suma pulcritud *literaria* (literaria, entiéndase bien), y á esto se debe el que hoy pasen, sin irritar al público, escenas fuertísimas, las más acentuadas quizás del teatro moderno español. Ha llegado el público á tolerar y hasta á aplaudir el acto primero y el segundo de *Las Vengadoras*, á fuerza de habilidad en el autor. La cultura no está en lo que se dice ó hace en escena, sino